

# La camisa amarilla

Diana María González G.

Con meticuloso empeño, Reina limpiaba el polvo y se deshacía de las malezas de la tumba, cuando observó que su exsuegra venía cuesta arriba. Al ver el ímpetu con el que subía, presintió una nueva batalla. Hacía más o menos seis meses que no se encontraban cara a cara.

Una vez doña Rutila llegó, le ofreció las flores que había llevado. Ella las tomó y las colocó en el sepulcro del lado –el de Braulio–, y se ocupó de ordenarlo un poco. Apenas terminó –igual que en sus otras visitas mensuales–, no se dirigió al difunto, no oró por su eterno descanso, ni suspiró por su ausencia. Aquello de velar su aspecto era un simple acto, movido por la costumbre.

–Sabe, hacía días que quería buscarla –se animó a hablar doña Rutila.

–¿Para qué?

–Para pedirle perdón.

–No creo que haya algo de lo que se deba disculpar.

–Déjeme hablar antes de que me arrepienta: imagino que Braulio debió contarle que usted no me gustaba para mujer de él.

–Usted estaba en su derecho –replicó Reina.

–Eso es muy cierto. Pero después de tres años de muerto, y al ser testigo de la soledad, del luto, y de la devoción que usted le guarda a su recuerdo, reconozco que yo es-

taba equivocada. Ahora creo que el rechazo que sentí cuando él me la presentó tuvo que ver con un presentimiento. Es que siempre pensé que aquella obsesión por usted sería su perdición. Además, fíjese, yo tenía entendido que usted no lo amaba. Así lo aseguraba él. Con el dorso de la mano, la anciana retuvo una lágrima que empezaba a correr por su rostro, y con quebrada voz, continuó:

–Mire, Reina, para que mi muchacho descanse en paz, he decidido liberarla de todo el rencor que llevo en el alma. Pero me gustaría que me contara cómo fue que sucedió eso.

–Doña Rutila, ¡otra vez dándole vueltas a ese asunto!

–¡Sí, otra vez! Lo que pasa es que hay algo en su muerte que todavía no me cuadra. Es que mi Braulio era tan joven, guapo y ¡morir de esa forma!

–¡Ay!, dicen que la única condición para morir es estar vivo. ¿No cree que simplemente era su hora?

–Sí, pero...

–Créame que entiendo su rabia. –Reina hizo acopio de paciencia con aquella figura encorvada. Doña Rutila estaba en la posición que ella ya le reconocía, la de ocultar las lágrimas–. Y no olvido ni por un minuto que esa tragedia fue culpa mía, pero a cada quien lo suyo. Y usted tiene que reconocer que con lo gallito de pelea que él era, eso iba ocurrirle tarde o temprano. Ese día le llegó la horma para sus zapatos.



duo #6  
en alambre, papel, cartón,  
de alimentos, cepillos de  
dientes, bolsas larga vida,  
entre otros.

-A lo mejor usted tiene razón, pero, cuénteme, le juro que no la molestaré nunca más.

Después de un largo suspiro, Reina, se decidió a hablar:

-Como ya lo he contado cientos de veces, esa noche estábamos en "El viejo farol", Blanca, su novio (Medardo), Braulio y yo. Fui con Blanca al baño y tardamos mucho en salir, pues la aldaba de la puerta se había atrancado. Llevábamos casi media hora encerradas y estábamos muy enojadas con ellos porque ninguno de los dos había ido a buscarnos. Finalmente fuimos liberadas, pero por un mesero, quien se dio cuenta de nuestros gritos y golpes en la puerta.

Apenas salimos fuimos en busca de los muchachos y fue cuando los vimos muy alebrestados, charlando con unas mujeres que no eran del pueblo, lo que explicaba que no hubieran extrañado nuestra ausencia. Decidimos irnos del lugar, pero en ese momento unos borrachos nos salieron al paso, nos agarraron, y empezamos a luchar por desprendernos. En cuanto nos zafamos, salimos corriendo.

Estaríamos a unas tres o cuatro cuadras quizás, cuando vimos a Braulio y a Medardo que venían a toda prisa. Apuramos el paso, pero, igual, ellos llegaron hasta nosotras. Empecé a pelear con Braulio y le dije que no me volviera a buscar en toda su vida. Recuerdo que se enredó tanto en la explicación, que lo que hizo fue hundirse más ante mis ojos. De todos modos, juró y perjuró que con esa mujer no había pasado nada.

-¡Ni siquiera es por eso! -le respondí-. Lo que pasa es que a mí no me sirve un hombre que se las da del más macho en el pueblo, y delante de sus narices me manosean. Me

obligó a aclararle eso. Yo no quería, pero el insistió. Para que me dejara en paz, le hablé del hombre de camisa amarilla que se había sobrepasado conmigo. La verdad, doña Rutila, como ya se lo he repetido, yo no recordaba mucho al tipo, solo su camisa amarilla.

Braulio y Medardo cruzaron unas palabras. Y de repente empezaron a devolverse hacia la cantina. Nosotras intentamos detenerlos, pero ya sabe cómo era su hijo de terco. Por eso no me quedó más que rogar que aquel hombre se hubiera marchado, pero, por desgracia estaba, y ¡armado! Apenas Braulio le mandó un puño, él sacó su revólver y le soltó tres tiros. Después se armó aquella balacera.

-Y... ¿cómo fue que Blanca y usted dejaron de ser amigas?

-¡Ah, eso sí pregúnteselo a ella!

Doña Rutila clavó sus ojos en los de su exnuera, pues nada le quitaba de la cabeza que ese cuento estaba a medias. Volvió a la carga con nuevas preguntas, pero en ese instante un viento helado arreció, penetrándole más allá de los huesos. Estremecida, pensó, que su hijo desde el frío de la muerte, se hacía presente, seguía protegiendo a su amada Reina y, otra vez, impediría que ella llegara a la verdad. Resignada, frotó sus brazos, tratando de sacudir la escalofriante sensación; luego levantó la vista al cielo, y se quedó contemplando unos nubarrones un rato.

-Se va a largar un chaparrón -dijo. Después susurró una oración a toda prisa, suspiró ante las flores, y se marchó sin despedirse. Reina se sintió aliviada mientras la vio alejarse. Sin embargo, se quedó con la mirada perdida en aquel sábado fatal...

Esa noche, ella vio a Braulio tan entretenido con aquella mujer que, para su alivio, ese sería el pretexto perfecto para terminar su relación con él. Por eso convenció a Blanca para que se marcharan de allí, a pesar de que ella quería ir a reclamarle a Medardo.

Al cabo de un rato, cuando fueron alcanzadas por ellos, ella le gritó a Braulio:

-¡No quiero ser más su novia!

-¡Te juro que con esa mujer no sucedió nada!

-¡Mujer! ¿Cuál mujer? -le preguntó riéndose. No te dejo por eso. Lo hago porque jamás olvidaré que, en tus narices, un tipo borracho me manoseó. Le dio la respuesta que durante el trayecto había planeado.

-¿De qué me estás hablando? ¿Cuál tipo?

-Eso ya no importa. Él ni siquiera es del pueblo y seguro ya se marchó.

-Sí, pero ¿cómo era? o al menos dime qué ropa tenía -insistió él.

Ella, dudosa calló un rato, pero al final se decidió a hablar...

-Solo recuerdo su camisa amarilla -no vio inconveniente en decirle aquella mentira. Igual, estaba convencida de que en "El viejo farol" no había nadie vestido así. Se despidió de él y entró a su casa, dejándolo solo y pensativo. No habían pasado cinco minutos cuando golpearon a la puerta, fuertemente. Pensó que era él de nuevo, pero no; era Blanca que la recriminaba por lo que le dijo a Braulio, y la obligaba para que fuera con ella, lo aclarara todo, y los hiciera desistir -también a Medardo-, de volver a la cantina.

Aunque desganada, fue hasta ellos, y trató de convencerlos de no ir.

-No subo si sigue siendo mi novia -le dijo Braulio. Pero ella negó con la cabeza. Pensó que no era necesario ceder a su chantaje si, después de todo, el sujeto de camisa amarilla era una invención suya.

Braulio y Medardo, seguidos de ellas, llegaron a la cantina. Y por esos azares del destino, un hombre de camisa amarilla, grandes cadenas de oro, sombrero llamativo y botas tejanas estaba allí. Apenas Reina lo vio, corrió hacia Braulio, pero fue demasiado tarde pues él, sin mediar palabra, le mandó a aquel hombre un puño, haciéndolo caer. Este, de una, se irguió y sacó de la pretina un revólver y le disparó a Braulio.

Tres campanazos que repicaron la trajeron al momento presente. Aun así, su sonido se fundió con el de los disparos, pues la imagen de esa noche trágica persistió en su mente. En ese instante, como ayer, como siempre... sintió removerse algo dentro de su ser. Recordó que aquel día perdió a Medardo, al único hombre que había amado en su vida. Volvió la vista a la tumba de él y el panorama se le hizo entrañablemente triste. De pronto cayeron unas goteras sobre su rostro. Tomó uno de los lirios de la tumba de Braulio, lo llevó a los labios, cerró los ojos y dejó que sus lágrimas se mezclaran con la lluvia.

**Diana María González G.** Estudió Secretariado Ejecutivo en Administración de Sistemas en la Corporación Universitaria Remington. Publicó en 2021 su novela *Como el destello fugaz de una bengala*.